



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPÍTULO I



consecuencia de circunstancias que obvia mencionar en este momento, tuve que ingresar como ayuda de cámara al servicio de un tal Orlov, empleado del gobierno en San Petersburgo.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, llamado Jorge Ivanitch.

Entré en su casa a causa del padre, el célebre hombre de Estado, a quien yo consideraba como enemigo empedernido de la causa a que me había consagrado. Viviendo en casa del hijo, podría yo estudiar probablemente, en sus menores detalles, por los documentos y cartas que ha-

llase en su escritorio, los planes y las intenciones del padre.

Generalmente, a las once de la mañana sonaba en mi cuarto el timbre eléctrico anunciándome haberse despertado mi amo. Cuando, luego, penetraba en su dormitorio con su ropa cepillada y limpio su calzado, hallaba a Jorge Ivanitch sentado en la cama, inmóvil, con aspecto más de fatiga que de sueño. Tenía los ojos fijos ante sí y no demostraba la menor satisfacción de su despertar.

Ayudábale yo a vestirse, y él se sometía a mis movimientos en silencio, maquinalmente, sin parecer notar mi presencia. Después, con la cabeza húmeda todavía por las abluciones y oliendo a frescos perfumes, pasaba al comedor.

Una vez sentado a la mesa tomaba el café, daba una ojeada a los periódicos, en tanto que Paulina, la doncella, y yo permanecíamos respetuosamente al lado de la puerta y le mirábamos beber. ¡Dos seres humanos, y ya de cierta edad, miraban a un tercero tomar café con bizcochos! Esto no puede menos de parecer estúpido y ridículo; pero enton-

ces yo no veía nada humillante para mí en aquella obligación de permanecer allí, aunque fuera yo de tan noble origen e igualmente instruido que Orlov.

Mi tisis empezaba ya a apuntar, y, con ella, otra cosa quizá más grave que la enfermedad misma.

¿Sería efecto de la enfermedad que ya hacía progresos en mí o efecto del cambio que se operaba en mis horizontes y del que no me percataba yo todavía? Cada día me invadía más el deseo violento, apasionado, de una existencia apacible, tranquila. Aspiraba a la tranquilidad del alma, a la buena salud, al aire puro, a la buena comida... Tornábame soñador y, como todos los soñadores, no sabía a ciencia cierta lo que necesitaba.

Ahora quería retirarme a un monasterio, y permanecer días enteros sentados junto a la ventana con los ojos errantes por los árboles y su campifia; ahora me veía comprando algunos acres de terreno y llevando vida de caballero rural; o bien decidía estudiar alguna ciencia para conseguir—infaliblemente—ser

nombrado profesor en alguna facultad de provincia. Había sido alférez de navío: así pues, pensaba en el mar, en nuestra escuadra, en la corbeta en la cual di antes la vuelta al mundo. Tenía ganas de experimentar una vez más la inexplicable sensación que se percibe, cuando, al pasear por una selva tropical o al contemplar una puesta de sol en el golfo de Bengala, parece que se muere uno de éxtasis y, al mismo tiempo, se padece no sé qué angustia al pensar en su propia patria. Soñaba con montañas, con mujeres, con músicas y, con atenta curiosidad, cual un niño, observaba las fisonomías y escuchaba las voces.

Y cuando permanecía junto a la puerta viendo tomar a Orlov el café, no creía yo ser un criado, sino un hombre que se interesa por todo el mundo, hasta por un Orlov.

El aspecto de Orlov era de un natural de la capital rusa: estrecho de hombros, espalda larga, sienes huesudas, ojos de color indefinido, vegetación rara y deslucida en la cabeza y en el rostro. La cara estaba cuidada, y era bastante antipática. Era

particularmente desagradable cuando meditaba o dormía. No creo muy útil describir un exterior ordinario: San Petersburgo no es España, y la apostura no desempeña allí gran papel, ni aún en cuestiones de amor, y casi no sirve más que a los lacayos y cocheros de buena casa. Si he mencionado los cabellos y facciones de Orlov, débese a que en su aspecto general había algo que merece señalarse, y era lo siguiente:

Cuando Orlov abría un periódico o un libro, cualquiera que fuesen, o cuando entablaba conversación con una persona, fuera también la que fuere, sus ojos comenzaban a chispear de ironía y toda su faz revestía una expresión de burla ligera y sin maldad. Y aun antes de abordar una conversación o una lectura ya tenía pronta la ironía, como tiene pronto el escudo el salvaje. Dicha expresión le era habitual, y en la época en que le conocí, le asomaba ya a la fisonomía, sin intervención de la voluntad, al parecer por reflejo.

Por la tarde, y conservando siempre su máscara risueña, cogía Orlov

una carpeta llena de papeles y se encaminaba a su oficina.

Cenaba fuera de casa y no se le volvía a ver hasta las ocho.

A esa hora encendía yo en su despacho una lámpara y bujías. Él se sentaba en una butaca, con los piés en una silla; y en esa posición leía. Casi todos los días traía libros nuevos o se los mandaban los editores. Por todos los rincones de mi cuarto había libros de esos, franceses, ingleses, alemanes, sin contar los rusos,—que Orlov había ya leído y los había tirado. Leía con rapidez pasmosa. Ya conocéis el proverbio: «Dime lo que lees y te diré quien eres...» En general, acaso sea cierto; pero juzgar a Orlov por los volúmenes que leía era cosa realmente imposible. ¡Un verdadero laberinto! Leía de todo: filosofía, novelas francesas, economía política, hacienda, obras de poetas noveles, libros populares,—y todo lo devoraba con la misma celeridad, con igual ironía en los ojos.

Al dar las diez, componíase con esmero, vestía a menudo de frac y rara vez de uniforme civil y vol-

via a salir, no regresando hasta el alba.

Él y yo vivíamos juntos, tranquila y pacíficamente, y no había entre nosotros desavenencia alguna. Por lo común, no se enteraba de mi presencia y, al hablarme, dejaba su máscara: indudablemente, no me consideraba como sér humano...

Sólo le vi enfadado una vez. Era ésta a los ocho días próximamente de mi entrada en la casa. Había cenado él fuera y vuelto a eso de las nueve, con cara fatigada y descontenta. Como yo le siguiera a su cuarto para alumbrarle, me dijo:

—Aquí huele mal.

—No—repliqué;—el aire es puro.

—¡Te digo que huele mal!—repuso irritado.

—Pues lo ventilo todas mañanas.

—¡Basta de observaciones, majadero!

Me sentí lastimado; iba yo a responder y sabe Dios como hubiera terminado aquello, de no haber intervenido Paulina, que conocía mejor que yo a su amo.

—¡Es que hay mal olor de veras aquí!—exclamó arqueando las cejas.

—¿De dónde saldrá?... ¡Stepane, abre los ventiladores de la sala y enciende la chimenea!

Empezó a lanzar exclamaciones y luego, como muy atareada, recorrió las habitaciones con un pulverizador en la mano sacudiendo con ruido las enaguas.

Mas Orlov continuaba de muy mal humor. Se contenía visiblemente para no dejar estallar la cólera. Estaba en su despacho, escribiendo rápidamente una carta. Después de trazar algunas líneas, profirió un sonido inarticulado que traducía su ira y rompió el papel.

—¡Que se vayan al diablo!—gruñó.

—¡Me exigen una memoria sobrehumana!

Al fin terminó la carta. Levantóse y me dijo:

—Toma un coche y ve a la calle Znamenskaia a llevar esta carta a la señora Zenaida Fedorovna Krasnoyskaia. Entrégasela en propias manos... Pero antes pregunta al portero si ha vuelto su marido, el señor Krasnovsky. Si ha regresado éste, no dejes la carta a nadie; me la traes... ¡Espera!... Si ella te pregun-

ta si hay alguien en mi casa, dile que a las ocho han venido dos caballeros y que están aquí escribiendo.

Fui a la calle Znamenskaia. El portero me dijo que el señor Krasnovsky no había regresado aún: por consiguiente, subí al tercer piso, en donde residían los Krasnovsky. Me abrió la puerta un criado alto y grueso, de tez tostada y patillas pardas. Preguntóme, en el tono lento y grueso con que sólo un lacayo habla a otro lacayo, lo que deseaba. Aun no había tenido yo tiempo de contestar, cuando se me acercó una señora.

—¿Está la señora Zenaida Fedorovna?—pregunté.

—Yo soy—contestó la dama.

—Le traigo una carta de Jorge Ivanitch.

Con movimiento de impaciencia rasgó el sobre y empezó a leer. Pude ver su blanco rostro, de líneas suaves, con barba algo prominente y pestañas largas y negras. Representaba unos veinticinco años a lo sumo.

—Dé las gracias de mi parte al señor—me dijo así que acabó la lectura.—¿Hay alguien en casa de Jorge Ivanitch?—añadió con voz dulce, y

como avergonzada por formular una duda sobre este punto.

—Sí, señora—respondí.—Hay dos caballeros escribiendo.

—Pues bien, dé las gracias en mi nombre al señor.

Y con la cabeza algo inclinada hacia un lado, salió del vestíbulo con paso ligero, sin ruido, relejendo la carta.

Entonces veía yo pocas mujeres, é interesóme mucho aquella dama que vi durante tres minutos. Al volver a pie a casa, recordaba yo sus facciones, su delicado perfume, y me forjaba quimeras...

Cuando llegué, se había marchado ya Orlov.



CAPÍTULO II

VIVÍAMOS, pues, tranquila y apaciblemente, mi amo y yo.

No obstante, como temía el convertirme en doméstico, había en mi posición algo de indecoroso que me torturaba diariamente.

Yo me simpatizaba con Paulina.

Era esta una criatura entrada en carnes y repleta. Idolatraba a Orlov, por ser éste un amo, y a mí me odiaba, por ser un criado. Tal vez fuera seductora para un lacayo de verdad o un cocinero: tenía mejillas coloradas, nariz respingada, ojos rasgados y estaba tan llena que casi parecía obesa. Se empolvaba, teñíase las ce-

jas, apretábase el talle con el corsé, vestía a la moda y llevaba en la muñeca un brazaletes de piezas de plata. Tenía paso vivaracho y brincador y, al andar, agitaba los hombros y las nalgas. El ruido de sus faldas, el crujido de su corsé, el retín del brazaletes y aquella mezcla innoble de olores—arrebol, vinagre de tocador y perfumes robados a su amo—me producían, todas las mañanas, cuando limpiaba yo con ella el piso, la impresión de que en su compañía perpetraba yo no se qué acto repugnante.

Ya fuera por que yo no robaba en connivencia con ella los objetos que se hallaban a nuestro alcance, ya porque yo no manifestara ningún deseo de ser su amante—lo cual quizá la ofendiese—o bien porque adivinase en mí a «un extraño», un hombre de esfera distinta a la suya, lo cierto es que me aborreció prontamente. Mi torpeza, mi aspecto, que no era el de un criado, y la enfermedad que ya padecía, se le antojaban miserables e inspirábanle un sentimiento lindante con la repugnancia. Yo tosía mucho, y, a las

veces, por la noche, turbaba su sueño, pues su cuarto y el mío sólo estaban separados por un delgado tabique. Por la mañana, me decía:

—Tampoco me has dejado dormir anoche. No estás en condiciones de servir: debieras ir al hospital.

Distaba tanto de considerarme como hombre y tan convencida estaba de mi evidente inferioridad, que, cual aquellas matronas romanas que no se recataban nada para bañarse en presencia de sus esclavos machos, presentábase a veces ante mí en camisa.

Un día, durante el almuerzo (todos los días nos traían de la fonda un potaje y un plato de carne), hallándome de buen humor y un tanto idealista, le pregunté:

—¿Cree usted en Dios, Paulina?

—¡Desde luego!

—¿Cree usted, pues—proseguí,—que habrá un juicio final y que seremos llamados a responder ante el mismo Dios, de todos nuestros malos actos?

Quedóse en silencio y dejó ver un mohín de desprecio. Entonces, examinando sus ojos cínicos y fríos,

comprendí que en aquella alma, tan completa a su manera, no había ni Dios, ni fe ni ley, y que si tuviera yo que matar, robar, incendiar, no hallaría mejor cómplice, por dinero, que aquella mujer.

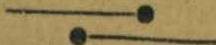
No estaba acostumbrado a que me tuteasen de aquel modo, como tampoco a mentir constantemente, como había que hacerlo a cada paso en mi nuevo empleo; a decir, por ejemplo: «El señor ha salido», cuando estaba en casa.

Al principio, fué muy difícil mi existencia en casa de Orlov: la librea de lacayo me pesaba como una armadura.

Luego me acostumbré. Servía a la mesa como verdadero criado, limpiaba la casa y hacía toda clase de recados. Si Orlov no tenía ganas de ir a casa de Zenaida Fedorovna o bien si olvidaba que le había prometido una visita, yo corría a tomar un coche y llevaba a la calle Znamenskaia una carta, que entregaba en propias manos a la destinataria añadiendo alguna mentira.

En definitiva, no había conseguido mi objeto: no era eso lo que yo espe-

raba al convertirme en ayuda de cámara. Cada día de mi nueva vida era perdido, tanto para mi causa como para mí mismo. Orlov no hablaba nunca de su padre ni tampoco hablaban de él sus visitas. Cuanto yo conocía de aquel hombre de Estado, de sus actos y sus gestos, sabía lo por los periódicos y por mi correspondencia con mis compañeros. Los cientos de cartas o papeles que se amontonaban en el escritorio de Orlov y que yo leía no tenían la más remota relación con lo que yo buscaba. Orlov se cuidaba muy poco de los actos de su padre, no obstante ser célebres. Parecía no haber oído decir nunca nada, y se conducía como si su padre hubiera muerto mucho tiempo atrás.





CAPÍTULO III

Los jueves recibíamos gente.

Encargaba yo a una fonda un buen trozo de carne asada y telefoneaba a una tienda para que nos enviasen ostras, cabial, queso, etc. Compraba naipes. Paulina preparaba temprano el servicio de té con todo lo necesario para la cena. En verdad, semejante agitación daba cierta variedad a nuestra vida ociosa, y los jueves eran nuestros días preferidos.

Los visitantes no eran más que tres.

El personaje de más importancia y, después de todo, el más intere-

sante de los tres era un tal Pekarsky, hombre alto, delgado, de unos cuarenta y cinco años de edad, con larga nariz aguileña, barba negra poblada y frente bastante despejada; tenía ojos grandes y fisonomía seria, grave, como la de un filósofo griego. Administrador de una compañía de ferrocarriles y consejero de una gran oficina pública, estaba además en relaciones comerciales con multitud de gentes, en calidad de tutor, de liquidador, etc. Su puesto en la jerarquía social no era muy importante, él mismo se llamaba modestamente «abogado»; pero ejercía enorme influencia. Bastaba una simple tarjeta o dos palabras suyas para que un médico célebre os recibiese antes de vuestro turno, o para tener fácil acceso ante un ingeniero jefe de cierta compañía o ante cualquier otro funcionario. Decíase que por mediación suya podía obtenerse un cargo equivalente al de gobernador, o bien, en otro orden de ideas, ahogar un escándalo enfadoso.

Pasaba por hombre de gran inteligencia, pero su cerebro era particular y raro. Podía multiplicar

instantáneamente con la cabeza números como 213 por 373 o reducir libras esterlinas a marcos sin recurrir al lápiz; conocía a fondo la banca, las líneas férreas, y no tenía secretos para él cuanto concierne a las más diversas administraciones; como abogado de causas civiles, pasaba por uno de los más duchos, siendo difícil luchar contra él.

A pesar de esto, había muchas cosas que tan notable inteligencia no llegaba a comprender y que, sin embargo, comprenden hasta muchas gentes de cortos alcances. Así, no lograba explicarse por qué los hombres pueden disgustarse, llorar, levantarse la tapa de los sesos y hasta matar al prójimo, por qué se dejan conmover o agitar por hechos que no les atañen personalmente, por qué rien al leer a Gogol o a Tchêdrine... Todo lo abstracto, todo cuanto depende del sentimiento o del pensamiento era cosa muerta para él y le parecía fastidioso, como parece fastidiosa la música al que no tiene oído.

Juzgaba a los hombres solamente desde el punto de vista de los nego-

cios y los dividía en capaces e incapaces. No admitía otras categorías. —La honradez y la distinción no son sino elementos secundarios de la capacidad. —Puede uno divertirse, entregarse al libertinaje, jugar a los naipes, con tal que no se resientan de ello los negocios... Creer en la existencia de Dios no es muy difícil; y la religión debe tener salvaguardia: porque hace falta un principio, un freno moral para el pueblo, el cual, de no ser por ese freno negárase a trabajar... Los castigos no tienen más objeto que asustar... Es inútil pasar el verano en el campo, pues se está lo mismo en la población... Etcétera. —Era viudo y no tenía hijos; pero tenía boato de casado y habitaba una casa de tres mil rublos anuales.

El segundo visitante, Koukouchkine, funcionario joven aún, pero ya de elevada categoría, era de estatura inferior a la mediana, con cara exigua y flaca, al tiempo que tenía, al contrario, todo el cuerpo grueso y como hinchado. Por semejante contraste, su rostro ofrecía una expresión completamente desagradable.

Tenía boca pequeña y redonda, bigotes muy recortados que parecían postizos. Era un hombre con movimientos de lagarto. Nunca entraba en un cuarto, sino que se deslizaba, dando pasos cortos, muy cortos, balanceándose sobre sus piernas y lanzando carcajadas de satisfacción. Cuando se reía de veras, una contracción le dejaba al descubierto todos los dientes. Estaba agregado a un alto funcionario, con delegaciones especiales, y no hacía nada, aunque cobraba buenos emolumentos, sobre todo en verano, época en que se inventaban para él fructuosas misiones.

Era «arrivista» hasta la médula, hasta la última gota de sangre; pero «arrivista» de una clase vulgar y como reducida, poco seguro de sí mismo, y que fundaba su fortuna en una especie de limosnas. Por obtener una insignificante condecoración extranjera, o para que lo citasen los periódicos como concurrente a cualquier entierro o a cualquiera ceremonia religiosa entre personajes de importancia, era capaz de toda humillación, de toda bajeza, de la mayor adulación.

Por cobardía, adulaba a Orlov y a Pekarsky, en quienes veía a hombres poderosos; nos adulaba también a Paulina y a mí, porque estábamos al servicio de un hombre influyente. Siempre que yo le ayudaba a quitarse el abrigo, me preguntaba risueño:

—¿Estás casado, Stepane? ¿eh?

Tras lo cual me decía suciedades, en prueba de su benevolencia particular para conmigo.

Halagaba las debilidades de Orlov, su corrupción moral, su aspecto de agotado. Para complacerle, las echaba de burlón y de ateo, denigraba ante él a cuantos en otra parte alababa servilmente. Si, durante la cena, se hablaba de mujeres, ensalzaba a los libertinos sutiles y delicados.

Hay que decir que, en general, a los burgueses de San Petersburgo les gusta extenderse respecto de sus extraños gustos. Los hay que, gozando de elevada posición, tienen de sobra con las caricias de su cocinera o de alguna desgraciada meretriz de las que pasean por la perspectiva ¹ Nevosky. Pero, al oírles hablar

1) Perspectiva: gran calle.

de ellos mismos, creyérase que se entregan a todos los vicios de Oriente y de Occidente y que están afiliados a una docena de círculos vigilados por la policía. Por esta razón Koupouchkine relataba de sí mismo las más impúdicas mentiras. No le creían, y escuchaban sus cuentos sin prestarles la menor atención.

Finalmente, la tercera visita se llamaba Grouzine. Era hijo de un general sabio y respetable. Tenía la edad de Orlov. Era rubio, miope y llevaba lentes con montura de oro. Recuerdo sus largos cabellos, sus dedos afilados y blancos, semejantes a los de los pianistas. Además, en toda su figura había algo de músico, de artista. Tipos muy parecidos tocan con frecuencia en las orquestas el primer violín. Tosía, padecía jaquecas, tenía aspecto mezquino, enfermizo. Seguramente, en su casa tendrían que vestirle y desnudarle como a un niño.

Había estudiado en la facultad de derecho, empezando luego su carrera en una oficina dependiente del ministerio de Justicia. Después encontró empleo en el Senado. Lo dejó

por un destino en un ministerio y éste, a su vez, por otro. Cuando le conocí, era subjefe de negociado en la oficina de Orlov; pero ya hablaba de dejar ese cargo para volver al ministerio de la Justicia. Juzgaba con rara ligereza sus funciones y peregrinaciones de funcionario público, y si se hablaba ante él, en el tono formal que el asunto requiere, de ascensos, sueldos y condecoraciones, sonreía benévolamente, diciendo:

—¡Nada hay en el mundo mejor que los empleos del gobierno!

Tenía una mujer, criaturita de rostro arrugado, muy celosa, y cinco hijos flacuchos. Engañaba a su mujer y no se acordaba de sus hijos sino cuando estaba con ellos. En resumen, era bastante indiferente para con su familia y se burlaba un poco de ella. Iba viviendo, contrayendo deudas por todas partes, pidiendo dinero siempre que podía, hasta a sus jefes y aun a los porteros.

¡Naturaleza indolente, perezosa hasta la apatía y que se extraviaba sin saber dónde ni por qué, siguiendo a todo el que quisiera guiarle! Si

le conducían a cualquier guarida, a ella iba. Si colocaban vino ante él, bebía; si no se lo ponían, prescindía de él tranquilamente. Si murmuraban, en su presencia, de las mujeres, murmuraba de la suya, asegurando que le había estropeado la vida. Si alababan a las mujeres, él ponderaba la suya, diciendo sinceramente:

—La adoro.

No tenía pelliza, y en invierno lucía una esclavina que parecía de niño. Cuando, durante la cena, quedándose súbitamente pensativo, hacía bolitas de pan y, distraídamente, bebía demasiado vino, sentía yo que había algo en aquel hombre, algo que tal vez notara él vagamente; pero de lo cual le impedían percartarse bien la agitación y las triviales mezquindades de su vida.

Tocaba un poco el piano. A las veces, sentábase ante el instrumento, daba delicadamente tres o cuatro acordes y cantaba, en voz baja:

¿Qué me reserva el día de mañana?

¹⁾ Célebre frase de la ópera *Eugenio Onéguine* de Tchaikovsky, sacada de la novela de Pouchkine.

Pero, en el acto, como espantado, levantábase y se apartaba del piano.

Nuestras visitas venían generalmente a las diez.

Instalábanse en el despacho de Orlov y jugaban a cartas, en tanto que Paulina y yo les servíamos té. Ahí es donde pude apreciar todos los encantos de la condición de criado. Permanecer en pie durante cuatro o cinco horas junto a la puerta, velar por que las copas vacías se llenen de nuevo al instante, renovar los ceniceros, precipitarse a la mesa para recoger un naipe o un trozo de tiza caídas al suelo, y, sobre todo, estar de pie y atento sin atreverse a decir una palabra, ni a toser, ni a sonreír: os aseguro que esto es más rudo que la más dura labor del labriego. En otros tiempos, me ocurrió tener que hacer guardia en el puente de un navío, en noches de tempestad. Pues bien, esto era sin comparación, mucho menos penoso.

Jugaban a la baraja hasta las dos, a veces hasta las tres; luego pasaban al comedor para cenar o, como decía Orlov, para «tomar un pisco-labis». En la mesa, hablaban.

Orlov era quien solía iniciar la conversación, con ojos reidores, acerca de alguna persona de sus comunes relaciones, o sobre un libro recién leído, sobre el ascenso o la permuta de algún dignatario importante, o sobre un proyecto de ley.

Al instante, ponderaba el adulator Koukouchkine, y empezaba entonces una contradanza de palabras que, en mi estado de ánimo, se me antojaban repugnantes. La befa de Orlov y sus amigos no tenía límites ni perdonaba a nadie. Relianse de todo: de la religión, de la filosofía, del objeto y la dirección de la vida, del pueblo; nada respetaban. En San Petersburgo hay muchas gentes que bromean sobre cuanto concierne a la vida y que no pueden contener una broma, ni aun en presencia de un famélico o de un suicida. Orlov y sus amigos no bromeaban: se mofaban. Decían que Dios no existe, y que la personalidad humana cesa para siempre con la muerte: ¡en cuestión de inmortales, no hay más que los de la Academia francesa, y aún esos!... El verdadero bien no existe ni puede existir, porque im-

plica la perfección humana: y ésta es mera entidad lógica. Rusia es un país tan pobre y aburrido como Persia. Los intelectuales rusos son gentes lamentables: para Pekarsky eran, en la enorme mayoría de casos, gentes «incapaces» y que no servían para nada. El pueblo está alcoholizado, es degenerado, perezoso y ladrón. No tenemos ciencia; nuestra literatura es tosca; nuestro comercio se basa en el fraude y en el principio de que «hay que engañar para vender provechosamente». Etc... etc... burlándose siempre de todo.

Hacia el fin de la cena, el vino bebido daba impulso más alegre a las inteligencias y un matiz más ligero a la charla. Se comentaban en guasa la vida de la familia de Grouzine, las victorias amorosas de Koukouchkine y una libreta de gastos de Pekarsky, en la que frente a una hoja encabezado con la inscripción: *Para obras pías*, se abría otra cuenta titulada: *Para las necesidades fisiológicas*. Decían que no hay esposas fieles ni mujeres cuyos favores no puedan obtenerse con cierta habilidad,

sin salir de la sala, a pesar de que a dos pasos, se halle el marido trabajando en su despacho. Las niñas no ignoran hoy nada. Orlov conservaba una carta de una colegiala, chicuela de catorce años, en la que decía haber acompañado a su casa a un oficial que encontró al salir del instituto y que había permanecido con ella hasta la caída de la tarde: se había apresurado a contar sus impresiones a una amiga suya.

Decían que nunca ha existido la pureza de las costumbres y que, evidentemente, es inútil. La humanidad ha prescindido de ella hasta ahora. En cuanto al mal causado por lo que se ha convenido en llamar libertinaje, es indudablemente muy exagerado. Cierta vicio contra la naturaleza, que nuestro código castiga, no impidió que Diógenes fuera maestro y filósofo. ¿No eran grandes hombres César y Cicerón, no obstante, su libertinaje? El viejo Catón casó con una mujer muy joven; pero continuó siendo considerado como hombre de costumbres rígidas y como censor de la moralidad.

A eso de las tres o las cuatro, mar-

chábanse los tertulianos. A veces Orlov iba con ellos a casa de una tal Varvara Ossipovna, a la calle de los Oficiales.

Entonces me trasladaba yo a mi cuarto y estaba largo rato sin poder cerrar los ojos, por causa^a de mi tos.



CAPÍTULO IV

UNA mañana, a las tres semanas próximamente de mi entrada en casa de Orlov, llamaron a la puerta. Me acuerdo que era un domingo. Aun no habían dado las once; Orlov estaba todavía durmiendo.

Sali a abrir. Figuraos mi estupefacción al ver en la meseta de la escalera a una dama velada.

—¿Está Jorge Ivanitch? — preguntó.

En la voz reconocí a Zenaida Fedorovna; ¡le había llevado tantas cartas a la calle Znamenskaia!

Ya no sé si le respondí o no: su aparición me había turbado. Por lo

demás, creo que no necesitaba respuesta: en un abrir y cerrar de ojos deslizóse delante de mí. Invadiendo toda la antesala con su perfume, que todavía recuerdo hoy muy bien, penetró en el piso, y no tardó en desparecer a lo lejos el ruido de sus pasos.

Por espacio de media hora no volví a oír nada. Luego, llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez era una joven bien puesta, probablemente alguna doncella de casa rica, la cual, ayudada por nuestro portero, tan cansado como ella, traía dos maletas y un gran baúl de mimbre.

—Esto es para Zenaida Fedorovna —declaró la joven.

Y se volvió a marchar sin añadir una sola palabra.

Todo aquello era misterioso e inducía a sonreír maliciosamente a Paulina, que tenía religioso respeto hasta para los caprichos de su amo. Parecía querer decir. «¡He ahí como somos nosotros, los buenos tenorios!...» Y todo el tiempo, andaba de puntillas.

Al fin, oyéronse otra vez los pasos ligeros. Zenaida Fedorovna entró en

el vestíbulo, que yo atravesaba para ir a mi cuarto, y me dijo:

—¡Stepane, lleva a Jorge Ivanitch su ropa!

Cuando penetré en el cuarto de Orlov con sus vestidos y calzado, le vi sentado en la cama, con las piernas pendientes y los pies en la alfombra de piel de oro. Toda su actitud revelaba confusión. Él no me veía, se cuidaba muy poco de las impresiones mías, de un lacayo: así es que sólo estaba confuso ante sí mismo, ante su propia «mirada interna». Se vestía, se lavaba, manejaba los peines y cepillos lenta y silenciosamente, como para tener tiempo de reflexionar bien acerca de la situación y de comprenderla claramente. Hasta en su espalda se revelaba su turbación y el descontento de sí mismo.

La dama y él tomaron café juntos. Zenaida Fedorovna habíalo vertido en las dos tazas; luego, apoyada de codos en la mesa, dijo riendo:

—¡Trabajo me cuesta imaginar que estoy aquí! Después de viajar durante mucho tiempo y de llegar a una fonda, se niega una a creer que

ya no tiene que tomar el tren... ¡Cuán agradable es lanzar un suspiro de alivio!

Y cual una chiquilla que arde en deseos de cometer una niñada, dejó escapar un suspiro y volvió a reirse.

—Dispénsame — dijo Orlov, señalando con la cabeza los periódicos. —Tengo la costumbre irresistible de leer mientras desayuno. Pero sé hacer dos cosas a la vez: no sólo leer, sino también escuchar.

—¡Claro está!... Lee, lee, te lo ruego... Tu libertad y tus costumbres deben permanecer intactas... Pero, dime, ¿por qué tienes cara tan compungida? ¿Estás siempre así por la mañana, o sólo te ocurre eso hoy?... ¿No estás contento?

—¡Al contrario! Pero confieso que estoy algo confuso.

—¿Por qué? Ya has tenido tiempo de prepararte para mi irrupción: ¡harto te he amenazado todos los días!

—Sí; mas no esperaba ver ejecutada tu amenaza precisamente hoy.

—¡Tampoco lo suponía yo!... Pero más vale así. Sí, más vale así, que-

rido mío. Una muela mala se arranca de un tirón... y, se acabó.

—Sí, es cierto.

—¡Ah! querido mío—dijo Zenaida bajando los párpados.—No hay mal que por bien no venga. Pero para llegar a este bien ¡qué de miserias! Me ves alegre; pero no hagas mucho caso. Estoy contenta; ¡pero tengo más ganas de llorar que de reír! Ayer, tuve que sostener un verdadero asalto—prosiguió en francés.— ¡Dios sólo sabe cuánto me ha costado! Mas me río porque no llego a convencerme de que todo es verdad. Me parece que estoy aquí tomando café contigo, no en realidad, sino en sueños.

Luego, también hablando en francés, relató las peripecias de la explicación que tuvo la víspera con su marido, de quien se había separado definitivamente. Contó que su esposo sospechaba de ella de tiempo atrás; pero que evitaba toda conversación sobre este punto. Mediaban discusiones entre ambos, y hasta a menudo; pero, en el instante de más acaloramiento, el marido callaba de pronto y volvía a su despacho para no ex-

ponerle sus sospechas en la excitación de la disputa ni darle a ella pie para declararle todo. Sin embargo, Zenaida, sabiéndose culpable para con él y sintiéndose débil, sin fuerzas para un acto atrevido y grave, padecía tormentos infernales; odiábase a sí misma y odiaba a su marido cada día más. Pero, la víspera, en el curso de una nueva disputa, como él le dijera con voz llorosa: «¿Cuándo acabará esto, Dios mío?» y se retirase a su gabinete, corrió ella tras él, como tras el ratón el gato, é impidiéndole cerrar la puerta, le gritó que le aborrecía con toda su alma. Al oír esto, la recibió allí el marido, y, en el acto, confesó Zenaida todo: amaba a otro, a quien consideraba como su verdadero y único esposo legítimo, y creía que su deber—deber de conciencia—era irse inmediatamente a vivir con el amado, a lo cual estaba dispuesta a pesar de todo y de todos, aunque la matasen...

—Eres muy romántica—dijo Orlov, sin apartar del periódico los ojos.

Zenaida rió y continuó la narración, sin tocar su taza. La anima-

ción le teñía de púrpura las mejillas: turbóse ella a su vez. De cuando en cuando nos dirigía a Paulina y a mí miradas ligeramente confusas.

La continuación de su relato me indicó que su marido la había contestado con reproches, con amenazas, y finalmente, con lágrimas. Más propio hubiera sido decir que no fué ella, sino él, quien había sufrido un verdadero asalto.

—Mira, querido—decía la dama,—en tanto que mis nervios permanecieron en tensión todo fué bien. Pero al llegar la noche sentí flaquear mi energía. Tú, Jorge, no crees en Dios. Yo, sí, un poco, y temo el castigo. Dios nos exige paciencia, magnanimidad, abnegación, y yo, como ves, me niego a tener paciencia y a padecer; quiero arreglar mi vida a mi manera. ¿Estará bien o estará mal, a los ojos de ese Dios?

»A las dos de la mañana, mi marido vino a mi cuarto y me dijo: «No tendrás la audacia de marcharte, de lo contrario haré que te vuelva a traer la policía, y ¡qué escándalo!...» Poco después, vuelve a mí puerta y me dice: «¡Perdóname!» Estas pa-

labras me produjeron el efecto de un tocamiento grosero, y me trastornaron. Parecíame que empezaba ya mi castigo y temblé de miedo y lloré. Temía que se desplomase el techo sobre mi cabeza, que la policía viniese en mi busca, que tú dejases de amarme... ¡qué se yo! Pensaba renunciar a mi dicha, hacerme monja o hermana de la caridad... Mas, de pronto, recordé que me amabas, que no tenía yo derecho a disponer de mi persona sin tu consentimiento. Entonces comenzaron a girar y mezclarse ideas en mi pobre imaginación y, desesperada, no sabía lo que hacer.

»Pero al salir el sol me volvió la alegría... Al instante vine a ti, y aquí estoy... ¡Ah! ¡Pero qué tormentos! ¡Se me han agotado las fuerzas! ¡No he podido pegar los ojos estas dos últimas noches!»

Estaba rendida y excitada a la vez. Hubiera querido dormir y hablar al mismo tiempo, hablar sin tregua, y reír y llorar, e ir a comer a una fonda para saborear bien su libertad...

—Tienes un piso bonito; pero me

temo que sea algo reducido para nosotros dos,—decía después de desayunar, recorriendo rápidamente todas las habitaciones.—¿Qué cuarto me das a mí? Me gustaría éste, porque está al lado del tuyo.

A la una mudóse de traje en la habitación contigua al gabinete de Orlov y que llamaba ya «su cuarto.» Luego, salieron.

Durante el intervalo que separaba la comida de la cena recorrieron tiendas. Todo aquel día tuve que abrir la puerta a recaderos y mozos llenos de paquetes. De ese modo trajeron un magnífico espejo giratorio, una mesa de tocador, una cama y un soberbio servicio de té, que no nos hacía falta alguna; luego llegó toda una familia de cazuelas, que colocamos Paulina y yo, una al lado de otra, en una tabla de nuestra cocina, vacía y fría. Al deshacer el paquete que contenía el servicio de té, brillaron los ojos de Paulina, y tres veces seguidas me dirigió ésta una mirada preñada de odio y temor, en donde se leía el miedo de que me anticipase yo a robar una de las preciosas tacitas. Tra-

ieron también un escritorio de señora, muy caro, pero incómodo. Indudablemente, Zenaida Fedorovna pensaba instalarse con nosotros, definitivamente, como ama de casa.

Volvió con Orlov, dadas las nueve. Invasada por la orgullosa certidumbre de haber llevado a cabo un acto atrevido, poco común, enamorada con pasión y creyéndose amada apasionadamente, lánguida y probando anticipadamente un sueño largo y benéfico, Zenaida Fedorovna parecía saborear de lleno su nueva existencia. Ébria de desbordante felicidad, apretábase con vigor sus propias manos, declarando que todo estaba admirablemente y juraba amar siempre a Orlov... Y aquellos juramentos ingenuos, la certidumbre cándida, casi pueril, de que era amada con ardor igual y no menos eterno, le quitaban cinco años de encima. Susurraba monadas seductoras y burlábase de sí misma.

Luego, queriendo recobrar su formalidad y decir algo grave é importante, exclamó:

—No hay bien superior a la libertad ¡Y pensar que casi siempre se

obra de un modo absurdo!... No atribuímos valor alguno a nuestras propias opiniones, por remotas que sean, y nos inclinamos ante la opinión de un imbécil. Yo, hasta el último instante, temía el qué dirán; pero decidí obedecer sólo mi propio impulso y no vivir más que a mi antojo, y de pronto, abrí los ojos y vencí mis necios temores; y he aquí que soy feliz, tan feliz, que desearía a todos la misma dicha.

Al poco rato se rompía el hilo de sus pensamientos y Zenaida hablaba de alquilar otra casa, de comprar carruaje y caballos, de emprender un viaje por Suiza e Italia. ...Orlov estaba cansado de recorrer tiendas y fondas; además, no había dejado de sentir la confusión ante sí mismo que yo observaba por la mañana. Sonreía, pero más bien por urbanidad que de contento; y cuando Zenaida decía algo en tono serio, accedía él, con voz irónica, exclamando:

—¡Ya! sí.

—Stepane,—dijo de pronto la dama, dirigiéndose a mí,—procure buscarnos un buen cocinero.

—No corre ninguna prisa—interrumpió Orlov, mirándome fríamente.—Antes hay que instalarse en otro piso.

En su casa no había cocinero ni caballos, porque le preocupaba poco tener, como él decía, «la casa mal arreglada;» nos sufría por necesidad. Lo que se llama «un hogar» con sus indispensables mezquindades y alegrías, lastimaba los gustos de Orlov como si fuera trivial. Para él, tener en casa una mujer encinta, tener niños, era una cosa vulgar, era cursi.

Yo ansiaba saber cómo iban a vivir juntos, cómo se entenderían bajo un mismo techo aquellos dos seres tan diferentes: ella, a quien gustaba su hogar, que compraba cazuelas y soñaba con tener un buen cocinero y caballos; él, que tan de buena gana repetía a sus amigos que, en la casa de un hombre «limpio», no debe haber, al igual de los buques de guerra, nada inútil: ni mujer, ni chiquillos, ni batería de cocina...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

CAPÍTULO V



ED ahora lo que sucedió el primer jueves, después de la llegada de Zenaida Fedorovna.

Ella y Orlov cenaron aquel día en casa de Catón o de Donón ¹. Orlov volvió solo. Zenaida Fedorovna había ido, según supe luego, a un barrio retirado, a casa de su antigua aya, en donde quería permanecer hasta que se marchasen nuestros contertulios. Orlov se cuidaba poco de enseñarla a sus amigos. Yo lo comprendí la mañana siguiente al segundo día, mientras tomaban el desayuno, al oír que Orlov le aseguraba que, para tranquilidad de ella,

1) Fondistas de moda.